IX.

Ilusiones engañosas que producen los efectos de la refraccion.

Creemos poder asegurar á nuestros lectores que el Hada temia algo mas. Ella tambien se habia ocultado en los setos inmediatos al Couesnon para dejar pasar á los soldados de Meloir.

Despues de haber mirado frente á frente á su adversario, que bajaba los ojos con aire humilde y contrito, pero sin soltar su presa, cesó de abrigar temores, y Juanillo hubiera podido ver una sonrisa bajo su velo.

La Hada era del país, y sabia todas sus leyendas.

La accion de Juanillo era de esas que las mujeres y las hadas perdonan siempre.

¿No tenia por disculpa al amor?

—¡Desgraciado! ¿Te atreves á detenerme? dijo la Hada ahuecando su tierna voz.

—¡Oh! ¡buena señora! ¡buena señora! replicó Juanillo con acento sumiso, pero estrechándola con mas fuerza, todos saben muy bien que no soy valiente. Si aventuro mi vida, creed que es por que no puedo hacer otra cosa.

—¿Y si yo tomase tu vida?

—¡Buena Hada! soy un cobarde, es cosa conocida. Pero solo se muere una vez, y prefiero la muerte á ver á Simoneta casada con ese bribon de Gueffes.

—¡Suéltame!

—¡No, buena Hada! exclamó Juanillo con viveza, porque si os suelto os convertiriais en niebla.

—¡Pero puedo vengarme en Simoneta!

Juanillo se estremeció lleno de terror.

—Hé ahí una accion que estaria muy mal hecha de vuestra parte, porque Simoneta, la pobre chica, nada os ha hecho.

—¡Suéltame!

—¡Escuchadme, buena Hada! una vez por todas os digo que no os soltaré mientras no me hayais dado los cincuenta escudos de Nantes. Está dicho.

La Hada habia dejado caer su cesta en la arena. La escarcela del caballero Meloir estaba colgada de su cintura.

Juanillo habia pronunciado estas últimas palabras con tono respetuoso, pero decidido.

Hubo un silencio breve, durante el cual no se oyó mas que el silbido del viento que soplaba de alta mar, y la lejana trompeta de los jinetes bretones, que se llamaban unos á otros en medio de la oscuridad de la noche.

—Ese viento anuncia que está subiendo la marea, ¿no es verdad? preguntó bruscamente la Hada.

—¡Oh! dijo Juanillo sonriendo, conoceis las playas tan bien como yo, buena señora..... aunque os haya cogido, añadió, como si una idea le hubiese ocurrido de improviso, en el charco Cayeu, en el cual no se detendria un niño de ocho años. En fin, no importa. Sin duda os divierte fingir ignorancia. Sí, buena Hada, ese viento anuncia que la marea sube.

—¿Subirá hoy con rapidez?

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Con bastante.

—¿Cuánto tiempo se necesita para ir de aquí al Monte San Miguel?

—Vos, buena Hada, necesitareis la cuarta parte de un minuto, si quereis.

El Hada golpeó el suelo con su lindo piececito.

—Corriendo como veníamos hace poco, se necesita un cuarto de hora largo.

—¿Y me cortará el camino la marea?

—Próximamente dentro de media hora.

La Hada cogió la escarcela que llevaba en su cintura, y la arrojó á la arena, en donde los escudos hablaron con su alegre lenguaje.

Juanillo lanzó un grito de júbilo, soltó á la Hada, y se precipitó sobre la escarcela.

Pero de pronto se apoderó de él una idea.

—¡Si serán monedas falsas del diablo! pensó. Se volvió con viveza pensando que la Hada estaria ya á la mitad del camino de las nubes. La Hada estaba de pié en el mismo sitio, y Juanillo observó por vez primera su esbelto, noble y gracioso talle.

No se veia su cara; pero en el momento adivinó Juanillo que era muy linda.

—¡Niño! dijo ella con voz tan triste y tierna que Juanillo se arrojó involuntariamente al sitio en que se hallaba, no enseñes esa escarcela á nadie, porque podria acarrearte muchas desgracias.

—Preciso será llevarla á Simon le Priol, pensó Juanillo.

—Simoneta es hermosa y buena, repuso la Hada, ¡hazla feliz!

—¡Oh! en cuanto á eso descuidad.

—Ruega á Dios por Mr. Hue de Maurever, tu señor, que está en desgracia; y si te necesita, mantente dispuesto á servirle.

—¡Diantre! dijo Juanillo con acento confuso, ya sabeis, buena señora, que yo no soy muy valiente; pero no importa, comienzo á creer que llegaré á ser hombre algun dia, y mirad..... tenia grandes deseos de poseer cincuenta escudos de Nantes, puesto que me he atrevido á correr en seguimiento vuestro para obtenerlos..... Pues bien: esta noche, el caballero de allá abajo me ha dicho: «Si quieres entregarnos el traidor de Maurever, tendrás cincuenta escudos de Nantes.» Yo, en lugar de contestar, eché á correr.

—¿Sabes dónde se oculta Mr. Hue de Maurever? preguntó la Hada.

—Algunas veces voy á pescar hácia la parte de Tombelene, contestó Juanillo con maliciosa sonrisa.

La Hada se estremeció, y en seguida le cogió la mano.

A la verdad, Juanillo tembló un poco, pero solo por costumbre.

—Si te llamasen en nombre del Hada de las playas, ¿acudirias pronto? dijo esta.

—¡A fe mia que sí! contestó Juanillo con viveza. Ahora de seguro iria.

—Está bien..... acuérdate y espera..... ¡Adios!

El Hada pasó de un salto el extremo de la charca Cayeu. El viento del mar alzó su velo, que flotó graciosamente detrás de ella. Juanillo quedó parado en el mismo sitio.

Hubo un momento, cuando la Hada pronunció el nombre de Hue de Maurever, en que quiso ocurrírsele una idea á Juanillo.

—¡La señorita Reina! ¡sí! ella es..... ó su *espíritu* quizás, añadió, puesto que dicen que está difunta.

Hemos pasado ligeramente, con deliberado intento, por la parte prosáica de la escena. Por ejemplo, no hemos hablado mas que una vez de la cesta del Hada. Sin duda Juanillo no

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA

habia visto aquella cesta, que no cuadraba bien á una hada, pero aun hubiera estado peor en un alma en pena.

Un alma en pena nunca iria á llevar una cesta que contiene gallinas (¡ oh poesía !), un pan y un frasco de buen vino añejo. Un alma en pena es incapaz de hacer eso.

Sin embargo, Juanillo renunció mucho mas pronto á la idea de Reina de Maurever viva, que á la de Reina fantasma.

Y á la verdad, no se deben ver las cosas en las playas si se quiere permanecer en le realidad. Allí todo se reviste de un aspecto fantástico. La luz, orígen y agente de todo espectáculo, obra allí de distinta manera que en tierra firme.

Así como el objeto mas vulgar colocado en el centro del caleidóscopo brilla de improviso y se tiñe de colores inesperados, así las condiciones de aquella atmósfera, la naturaleza del terreno, una cosa, en fin, que importa muy poco definir aquí, hace que aquellas playas sean un aparato inmenso, en el que la dióptrica y la catóptrica.....

¡ Cielo santo ! ¿á dónde íbamos á parar ? Nos extraviábamos en el laberinto de la ciencia.

Volviendo á las maravillas de nuestras playas, donde hay efectos de luz que engañan la vista de los mismos habitantes de las costas, preciso será decir que ningun aparato de física podrá dar idea de ellas.

No es necesario ir al desierto de Sahara para ver efectos de refraccion espléndidos. Las arenas de la bahía de Cancale presentan un espectáculo tan caprichoso, brillante y variado, como los arenales del África. La pálida luna de las playas bretonas tiene destellos fantásticos, como el sol brillante de Numidia.

Hay allí visiones milagrosas, sueños inauditos que ninguna imaginacion inventaria, ni aun en el delirio de la calentura. La playa, cual un espejo mágico, revela entonces secretos de un mundo que no es el mundo de los hombres. Allí he visto selvas

encantadas bogando entre las nubes que mecen blandamente la isla de Armida, mas bella y suave que en los sueños del Tasso; he visto las líneas frias y severas del paisaje griego, la perspectiva sin fin de los Campos Elíseos.

He visto á Babilonia y sus orgullosos terrados sosteniendo naranjos mas altos que los robles de nuestros bosques.

He visto, como un fantasma, la selva muerta, el mágico bosque de Scissy, prolongando su verde enramada sobre el mar, y cubriendo con su sombra á Tombelene, el sitio de los sacrificios humanos. Mas léjos era una flota que avanzaba á velas desplegadas bogando sobre los arenales en el cielo. Mas léjos, era una procecion muda que desarrollaba la púrpura y el oro de sus infinitos anillos. Mas léjos, aun, un espeso cortinage de álamos delante del castillo amado.

¡ Ilusion ! ¡ ilusion ! ¡ mentiras que encantan y arrebatan !

Pero bajo las cuales no hay mas que las desnudas arenas que están aguardando su presa.

¡ Oh ! ¡ no ! no era una mujer mortal aquel ser á quien Juanillo veia iluminado por los rayos de la luna.

Aquel ser corria, pero Juanillo veia perfectamente que sus piés ni siquiera rozaban las brillantes arenas.

En ellas, el pié de un cristiano se hubiera hundido hasta el tobillo.

Corria, pero su velo y su rebocillo eran los que la llevaban.

Pasaba por entre las chispas que la luna arranca de las arenas como por encima de una lluvia de oro. De pronto el terreno se inclinó bajo sus piés, y la Hada se elevó. Sin duda cabalgaba en las nubes.

Luego hubo mas.

Juanillo se arrepintió amargamente de haberla dicho que el mar tardaria media hora en llegar, porque llegaba ya.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA

El mar corria, liso y terso cual una superficie plana de cristal, bajo los piés de la jóven.

Pero los piés de la jóven no se movian.

¡Oh! era una Hada realmente, el Hada de la narracion de Simon le Priol, el Hada del caballero breton que corria sobre las olas.....

Una nube ocultó la luna, y el Hada desapareció.

Juanillo pesó la escarcela en su mano, y volvió á encaminarse muy pensativo hácia la aldea de San Juan.

Poseia aquella fortuna que con tanto anhelo habia deseado; los cincuenta escudos de Nantes que habian de hacerle tan feliz..... y sin embargo, su cabeza se inclinaba sobre el pecho.

No era el mar lo que Juanillo habia visto bajo los piés de la Hada. Era el efecto de la refraccion de la noche.

Juanillo conocia demasiado muy bien las mareas, él, que vivia constantemente con los piés en el agua desde su primera infancia, para haberse equivocado de media hora.

Se ha dicho con frecuencia que en la playa de la bahia de Cancale sube el mar con la rapidez de un caballo á galope. Si con esto han querido decir que el mar, al arrancar del terreno bajo, avanza sobre las arenas con la rapidez de un caballo que va corriendo á galope, de seguro se han equivocado.

Si han querido decir, por el contrario, que un caballo que arrancase desde la parte baja del agua, en las mares grandes, necesitaria correr á galope para no ser sumergido, han dicho la verdad exacta.

Esto consiste en que la playa, llana en la apariencia, tiene, como hemos dicho, ciertas arrugas, ciertas cavidades ó senos, en los que la arena movediza cede de un modo casi insensible, pero suficiente para atraer las aguas, por razon de la ausencia de la pendiente general.

Cuando sube el mar, estos huecos de la playa forman una

especie de rios sinuosos que se llenan en seguida, y que es muy difícil ver en cuanto reina la niebla, porque estos rios no tienen orillas.

El agua que hay en ellos no hace mas que llenar los hueco de la playa, y de tal manera que se puede correr muy léjos de las orillas, sobre una superficie seca y que parece segura, y donde está aguardando una muerte inevitable.

Porque aquel mar invisible se introduce sin ruido, el agua llena las cavidades, y se está en una isla que va á desaparecer á su vista bajo las aguas.

Este es uno de los peligros principales, el mayor quizás despues de las arenas movedizas que humedecen aquellos lagos subterráneos. A la simple vista sube el mar, por el contrario, con cierta lentitud igual y paciente, excepto en las grandes mareas.

Esto en nada se parece al flujo fogoso y ruidoso que se observa en las costas.

En la playa no se ven, hablando con propiedad, olas ni resaca, porque las olas han sido rotas mil veces desde la entrada de la bahía hasta los arenales, y tambien, sin duda, porque la marea no encuentra ninguna especie de obstáculo.

No es mas que el nivel que sube, y el agua que se derrama en virtud de las leyes de la gravedad.

No hay esfuerzos, no hay lucha, no hay olas encrespadas entreabriendo su vientre de color esmeralda y arrojando su loca espuma hácia el cielo.

Para pintar el mar tempestuoso, enfurecido, de seguro que un pintor no escogerá en tiempo alguno las cercanías del Monte de San Miguel.

¿Pero qué importan el movimiento, el estrépito y la cólera? Las personas que pegan friamente y en silencio, matan lo mismo, ó mejor, que si les arrebatase la rabia.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

El movimiento desordenado, el estrépito, las amenazas, son avisos; mientras que la tranquilidad atrae y engaña.

El pérfido reposo es precisamente lo que hace tan mortíferos los remolinos de arena movediza.

Entre los que han muerto en los arenales, mas de uno ha debido sonreir al ver al mar subir entre Avranches y el Monte. Porque, ¿cómo recelar de aquel lago veneciano, que se va extendiendo gradualmente, y que llega á acariciar con tanta suavidad los piés del caminante?

Aquel lago veneciano tiene brazos muy largos que extiende y cierra detrás del viajero.

¡Cuidado con él!

Eran mas de las dos de la madrugada cuando la Hada llegó á las rocas negras que forman la base del Monte de San Miguel.

El mar subia detrás de ella, y se le oia correr hácia uno y otro lado del Monte.

La Hada se sentó en un trozo de roca con el fin de tomar aliento. Apoyó las dos manos en el pecho para comprimir los latidos de su corazon.

Desde San Juan de las playas al Monte, hay legua y media cumplida, y la Hada, al atravesar aquella distancia, no habia cesado un instante de correr.

Alzó su velo para limpiarse el sudor de la frente, y mostró á los rayos de la luna la fisonomía tierna y noble que ya hemos admirado en la sala grande del castillo de San Juan. En seguida dió vuelta á la base de las rocas, entró en la sombra bajo la muralla meridional de la ciudad, y pudo oir en lo alto del muro el paso acompasado del soldado que estaba de centinela.

No era para introducirse en la ciudad para lo que nuestra linda Hada tomaba aquel camino, porqué pasó de la Torre del Molino, que era la única entrada de la ciudad, y comenzó á

trepar por las rocas cortadas casi perpendicularmente, y en las que no habia sendero alguno trillado.

Aunque la noche era clara, costábala gran trabajo adelantar entre las masas de piedra que desgarraban sus manos, y en las que apenas podia sentarse el pié.

La Hada continuaba con valor; pero adelantaba muy poco terreno.

Llegó por fin á una especie de plataforma, en la cual habia un lienzo de pared cortado verticalmente, que iba á unirse con la muralla del castillo. Era imposible dar un paso mas. Pero la Hada no necesitaba ir mas léjos, segun parece, porque puso la cesta en el suelo y se acercó al lienzo de pared.

Una especie de tronera, abierta en el mismo granito y defendida por una barra fuerte de hierro, se abria sobre la plataforma. La Hada apoyó su rubia cabeza en la misma barra, y dijo en voz muy baja:

—¡Señor Aubry!

—¿Sois vos, Reina... mi hermosa Reina? contestó una voz lejana que parecia salir de las entrañas de la tierra.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA